

transcender los límites de la mente, necesita la ayuda de la virtud.

Según los sufíes, la virtud es un medio para realizar y llevar a buen término una verdad conocida por el Entendimiento. Esto se debe a que no todos los aspectos y las implicaciones de la verdad conocidos por la facultad teórica confieren automáticamente al alma del individuo los efectos y las implicaciones de la verdad conocida (Schuon 1987, p. 189). Por ejemplo, tener conocimiento del Bien no es lo mismo que ser bueno. En el hombre, existe claramente un abismo entre el pensamiento y el ser, y el nexo que puede unir ambos es la virtud. La virtud elimina todas las trabas y dificultades —las pasiones y los vicios— que obstaculizan la posibilidad de realización de la Verdad por el ser humano. La virtud, que es la conformidad total del alma con la Verdad, provee la base para esta realización. El alma conforme con la bondad, que es un reflejo del Bien supremo en el plano humano, sabe con certeza qué es la bondad porque ella misma se ha convertido en bondad (Ibíd., pp. 187-189).

La doctrina según la cual la finalidad de la existencia humana es convertirse en la teofanía consciente que refleja los Nombres y Atributos divinos se basa en ciertos aspectos metafísicos relativos al hombre y a su relación con Dios. En el sufismo, se considera al hombre como un microcosmos. Como lo afirma el gran sufí de Fārs (Irán) Ruzbehān Baqlī: «Adán es el espejo de ambos mundos. Y todo lo que fue puesto en esos dos reinos fue hecho visible en su forma» (Schimmel 1978, p. 188). Estos dos reinos se refieren a la diferenciación cosmológica del Qorán entre el mundo visible (*'ālam-e shahāda*) y el mundo de lo Invisible (*'ālam-e qayb*), a partir de la cual los sufíes desarrollaron posteriormente divisiones adicionales, como los cinco niveles del Ser o las cinco Presencias divinas definidas por la influyente escuela de Ibn 'Arabi. Entre el hombre y Dios existen una analogía y una reciprocidad profundas. La doctrina de la analogía y de la reciprocidad entre lo Divino y lo humano, que constituye

Cuando el viento de Saba de tu olor llenó mi corazón,
él emprendió tu búsqueda y así me abandonó.

Ahora, de mí, no tiene ya recuerdo:

sumido en tu perfume, a tu modo se adaptó.

—*Robā'iyāt* de Abu Sa'īd Aboljeir

—Traducido por Clara Janés y Ahmad Taherī

la piedra angular de las enseñanzas sufíes y de sus prácticas espirituales y éticas, se refleja en varias tradiciones sagradas (*abādīth qodsī*) y versículos del Qorán. Por ejemplo, la tradición sagrada «Aquel que se conoce a sí mismo conoce a su Señor», formula, en esencia, la doctrina de la analogía entre el hombre y Dios; y en el Qorán, se proclama: *Él [Dios] los ama y ellos lo aman a Él* (5,59). Los sufíes han interpretado este versículo en el sentido de que el amor del hombre hacia Dios es en realidad el efecto del amor de Dios por el hombre. Es decir, el amor de Dios por el hombre no sólo precede al amor del hombre hacia Dios sino que el hombre puede amar a Dios sólo porque Dios ama al hombre. *Yālāl-ol Din Rumi*, el gran maestro y poeta sufí persa, fundador de la orden Mawlawī, escribe en su famoso *Mathnawī*: «Ni un solo enamorado podría buscar la unión si el Amado no estuviera también buscándola» (Ibíd., p. 139).

Podemos relacionar así la doctrina de la analogía y la reciprocidad entre el hombre y Dios con el análisis sobre la virtud: cada virtud es una forma de identidad con el Ser divino o una forma de participación en Él. Cada virtud tiene, como esencia, un Atributo divino y esa esencia sobrenatural de la virtud es lo que le otorga su naturaleza impersonal, universal y celestial (Burckhardt 1988, p.102). El alma, en su estado primordial (*feṭrat*),

es virtuosa, es decir, está en completa conformidad con la Belleza y la Bondad divinas. En el lenguaje de la alquimia espiritual, el estado original no corrompido del alma humana se simboliza con el oro, el metal considerado perfecto y que representa los atributos de luminosidad e inmutabilidad. Sin embargo, en el hombre caído (es decir, el hombre expulsado del Paraíso) el alma está cubierta por una espesa capa, por un velo de ignorancia y de indignidad, fruto de las pasiones y los deseos. Es preciso desarrollar las virtudes para eliminar del alma el orín de los vicios y las pasiones que se ha incrustado sobre ella y se ha convertido en una segunda naturaleza para ella.

La virtud es la condición de ausencia de vicio. Por lo tanto, poseer una virtud es permitir la manifestación en el alma de un Atributo. A través de la virtud, el Atributo divino irradia y la virtud florece en la medida en que asimila el Atributo divino (Ibíd., p.102). Para los sufíes, la asimilación completa de un Atributo divino sólo es posible a través de la negación del yo o el anonadamiento del ego. El Profeta del Islam proclama: «*Al-faqr fajrī*» (la pobreza espiritual es mi orgullo). La pobreza espiritual es la condición que espera alcanzar todo aquel que aspira a realizar su verdadera naturaleza y, por ende, a lograr la felicidad real. La senda del sufismo se describe a menudo como